

WALT DISNEY

# La Bella durmiente del bosque



WALT DISNEY  
**La Bella  
durmiente  
del bosque**



Ediciones Gaviota, s.a.

MADRID — ESPAÑA



Adaptación: Cécile Lameunière  
Traducción: Ángel García Aller



© 1986 The Walt Disney Company  
Ediciones Gaviota, s. a. - Madrid  
Reservados todos los derechos  
ISBN: 84-392-8431-4  
Depósito legal: LE. 1058-1987  
Printed in Spain - Impreso en España  
Editorial Evergráficas, S. A.  
Carretera León - La Coruña, km 5  
LEÓN (España)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

En este hermoso palacio, erguido hacia el cielo como una majestuosa lanza, vivían hace muchos años el rey Esteban y su mujer, la reina Flor, a quienes sus súbditos querían porque eran justos y bondadosos.



A esta felicidad general contribuía sin duda la presencia de tres encantadoras hadas buenas, que velaban por la seguridad de monarcas y de ciudadanos.

El rey del país vecino, Hugo, era un buen amigo del rey Esteban y todo estaba en orden y en paz. Sin embargo, algo —o alguien— faltaba para hacer aún más completa esa felicidad, pues si bien el rey Hugo tenía un joven heredero, el príncipe Felipe, Esteban y Flor no habían tenido hijos. Así pues, imaginad cuánta fue la alegría de todos el día que la fortuna bendijo al real matrimonio con el nacimiento de una princesita. Abrió los ojos justamente cuando el primer rayo de sol doraba la campiña, y por eso se la llamó Aurora.





De boca en boca, de campana en campana, la noticia se propagó por todo el país «Tenemos una princesa tan bella como la luz del día, y además se llama Aurora.»

Así fue como todos los habitantes del reino compartieron la alegría de tan esperado nacimiento. Incluso se diría que, en campos y en bosques, hasta las flores y los animales estaban más alegres. Por su parte, al rey y a la reina —como a todos los padres— les parecía que su hija era la niña más guapa del mundo. Y efectivamente lo era. En su cuna, ricamente adornada con incrustaciones de oro, la princesa soseía durmiendo. Nunca lloraba. Era rubia, lindísima... Era, en fin y como su propio nombre indica, un rayo de sol que iluminaba todos los corazones.



Se fijó el día del bautizo: sería una fiesta por todo lo alto! Y así lo anunciaron las campanas al vuelo, las trompetas, los clarines y hasta las trompas de los cazadores. Todos se disponían para tan señalado acontecimiento. Las damas preparaban sus vestidos de gala; los señores y caballeros, sus trajes de corte. Estaban invitados por igual gentes de la ciudad y de las aldeas. Sacaban de los armarios sus trajes de fiesta, las cofias de encaje y los zapatos nuevos. Bordaban, planchaban, lustraban... Y todo por una minúscula princesita que dormía en su cuna sin tener siquiera la menor idea de la importancia de aquel día... Bueno, por ella y para dar también la enhorabuena a los felices padres, para demostrarles su amistad y respeto.





Desde primeras horas de la mañana, a pie o en carroza, la muchedumbre había ido invadiendo el palacio. Las cotas de malla y las brillantes armaduras de los caballeros se mezclaban con el terciopelo de los mantos y los satenes multicolores de los vestidos de cola. Todos los rostros irradiaban alegría.

Uno de los primeros en llegar fue, por supuesto, el rey Hugo. Compartía la felicidad de sus amigos y, al acercarse a la cuna, había exclamado: «¡Enhorabuena! ¡Esta princesa es encantadora y la quiero tanto como si fuera mi propia hija!» No en vano existía una razón secreta: los dos soberanos habían soñado, desde hacía mucho tiempo, con tener dos hijos que algún día, gracias a su matrimonio, uniesen los dos reinos. Pues bien, ahora ya era posible realizar aquel sueño: dentro de algunos años, Felipe se casaría con Aurora. ¡La cosa era bien sencilla!, pensaban los padres.



De repente, un impresionante resplandor invadió la habitación y todos pudieron ver tres fugaces siluetas, con unos sombreros puntiagudos y unas varitas mágicas en las manos, que revoloteaban alrededor de la cuna. Eran las tres hadas buenas que velaban por la seguridad del reino: Flora, Fauna y Primavera.



Pocas veces se dejaban ver, pero todos los habitantes de aquel país sentían su invisible protección y les pedían ayuda en los momentos más difíciles. El rey Esteban no se había olvidado de invitarlas, y ellas habían acudido puntualmente. Se hizo un gran silencio en la habitación y cada cual se preguntaba a sí mismo con qué tesoros obsequiarían las hadas buenas a la hija del rey. Flora fue la primera en hablar:

«Aurora, pequeña princesa, yo te concedo el don de la belleza.» Y, diciendo esto, levantó su varita mágica, de la que se desprendieron unos destellos que rodearon la cuna. La buena Flora contemplaba a la niña con una gran ternura y su varita no dejaba de crepitar. Pero ya Fauna, impaciente, reclamaba su turno y la palabra...



«Yo te concedo  
—dijo— todos los encantos  
de la música y la más  
bella voz del mundo para  
cantarlos.»

Fauna levantó su varita  
mágica y pájaros de  
todos los colores  
comenzaron a revolotear  
y a gorjear alrededor de  
la cuna de Aurora.





Era un concierto especialmente melodioso, obedeciendo a la varita mágica del hada como a la de un director de orquesta. Los pájaros, además de trinar, danzaban y bailaban en honor de Aurora.

Pero aún quedaba un regalo por ofrecer. Tras la belleza, concedida por Flora, y la música, presente de Fauna, ¿cuál sería el don de la tercera hada, Primavera? Un hada que se caracterizaba, como sus dos compañeras, por su bondad y generosidad: siempre dispuesta a prestar favores, a defender a los débiles, a socorrer a los necesitados...

Primavera levantó su varita por encima de la cuna. Pero ni siquiera tuvo tiempo de pronunciar palabra alguna...

Una imprevista borrasca barrió de golpe pájaros y destellos; las puertas y las ventanas comenzaron a crujir. Un relámpago deslumbrante atravesó la habitación de Aurora; las cortinas de su cuna se agitaron como en medio de una tormenta. De todas las bocas salían gritos de espanto...





Tras un nuevo y amenazante relámpago, apareció una terrible silueta. Vestida con una larga capa negra, el rostro ceñido por un gorro de dos puntas —que hacían pensar en los cuernos de un diablo—, ELLA dominaba a todos los allí presentes con una mirada de absoluto desprecio. Un murmullo corrió a través de la muchedumbre: «¡Maléfica! ¡Es Maléfica, el hada del Mal! ¿Qué viene a hacer aquí?»

Como si estuviese leyendo sus pensamientos, Maléfica respondió:


«¡Ja, ja, ja! Yo soy la que nadie esperaba... porque nadie me ha invitado. ¿No es cierto, Majestad?»

El hada del Mal se había vuelto hacia el rey Esteban, que, asustado como estaba, ni siquiera se atrevió a rechistar. Maléfica prosiguió:


«Pues bien, a pesar de todo, yo también he venido para entregar mi regalo a esta preciosa niña...»

Lanzó una burlona carcajada y añadió:

«¡A mí nunca me invita nadie! Y eso que mi varita mágica es todopoderosa... ¡Vuestro olvido, rey Esteban, os va a costar muy caro!»



Y pronunció su maldición:  
«Princesa Aurora, has recibido unos regalos maravillosos el día de tu bautizo. Pero de poco te van a servir, porque éste es el mío: el día que cumplas dieciséis años, te pincharás un dedo con el huso de una rueca y morirás.»



Todos los allí presentes lanzaron un grito de horror. El rey Esteban, cuyos ojos ardían de cólera, a punto estuvo de abalanzarse sobre aquella bruja, pero la vida de su querida hija estaba en juego y se contuvo. Trató de apaciguar a la orgullosa Maléfica:  
«Señora, si aquí hay algún culpable, ése soy yo. Ciertamente, se me olvidó invitaros. Pero este olvido no es tan grave como para que le cueste la vida a mi hija. Sería demasiado injusto. ¡Mirad con qué placidez duerme! ¡Es una recién nacida, absolutamente inocente! ¡Tened piedad de ella!»



Un gran silencio acogió tan conmovedora declaración: todos sabían cuán doloroso era para el rey dominar su propio orgullo y humillarse de aquella manera. ¿Habría ablandado el corazón de Maléfica? Se diría más bien que ni siquiera tenía corazón, pues su mirada seguía siendo la de una fiera ansiosa de venganza. Erguida, imperturbable y más arrogante que nunca, respondió: «¡Es demasiado tarde, Majestad! ¡A ver si os enteráis de que Maléfica no olvida una ofensa y no perdona jamás!»





Pasado el estupor, se desató la ira. Mientras que la reina, desesperada, se precipitaba hacia la cuna para tomar a Aurora en sus brazos y estrecharla contra su corazón, como si su amor fuese a protegerla del peligro, el rey Esteban se volvía hacia sus soldados y ordenaba:

«¡Prended a Maléfica!  
¡Encadenadla!»

Al mismo tiempo que se oía una carcajada diabólica, la alargada y sombría silueta de Maléfica desapareció envuelta por una nube de llamas verdes que se apagaron rápidamente, dejando en la sala un olor que revolvió el estómago... La justicia del rey nada podía contra la magia. Sólo quedaba un recurso: las hadas buenas. Todas las miradas se volvieron entonces hacia Flora, Fauna y Primavera.





Fue Primavera la que tomó la palabra:  
«Aún no he tenido tiempo de ofrecer mi regalo a la joven princesa, y lo haré ahora. Por desgracia, mi varita mágica no puede anular totalmente el poder de Maléfica, pero al menos puedo impedir que la maldición se cumpla de una manera irreparable.» Levantó su varita y anunció:  
«Princesa Aurora, tú no morirás. Si algún día te pinchas un dedo con el huso de una rueca, simplemente quedarás sumida en un profundo sueño hasta que alguien deposite un beso de amor sobre tus labios. Entonces, despertarás y serás feliz para siempre.»

El rey Hugo trataba de dar ánimos a sus amigos: «¡Tened confianza! Nosotros estamos aquí para proteger a la princesa. Lo primero que hay que hacer es quemar todas las rucas del reino... ¡Cuantas menos rucas, menos husos, y cuantos menos husos, menos peligro!» Todos aplaudieron tan sabio consejo, y al amanecer del día siguiente los heraldos anunciaron el decreto real por todo el país. De nuevo llegaban al palacio, en filas interminables, gentes de la ciudad y del campo que no traían más que rucas: rucas muy antiguas y otras completamente nuevas que ya nunca servirían para nada. Fueron amontonadas al pie del torreón y se les prendió fuego. Pronto quedaron reducidas a cenizas. Aurora, por el momento, estaba a salvo.





Las tres hadas buenas no estaban tan confiadas. Conocían demasiado bien a Maléfica. Sin duda alguna, aquella bruja haría lo posible y lo imposible para que se cumpliera su maldición. Sus tres varitas mágicas poco podían contra la del hada del Mal. Flora, Fauna y Primavera, tras una larga discusión, llegaron a la misma conclusión: mientras permaneciese en palacio, Aurora estaba en peligro. Ni el amor vigilante de sus padres, ni la protección de todos los soldados del reino serían suficientes. Lo mejor era, sin duda, llevarse a la princesa muy lejos de allí y que creciese en un lugar secreto.

«Será perfectamente educada. ¡Ya le he encontrado yo dos buenas madrinas!» dijo Flora sonriendo.




Luego, con su varita mágica, trazó un círculo alrededor de Primavera y otro alrededor de Fauna, que no salían de su asombro al verse vestidas de campesinas, realmente irreconocibles. Flora apenas era capaz de disimular la risa.



«¡Ya veis qué sencillo! Tres mujeres vivirán en el bosque con su sobrina huérfana. ¿Quién va a sospechar la verdad?» «¡No abandonaremos jamás a nuestra querida princesa!» dijo Fauna, entusiasmada. «¡Por lo menos durante dieciséis años! —precisó Primavera—. Pero aún tenemos que convencer al rey Esteban y a la reina Flor.»



A king and queen are shown from the waist up, standing on a stone balcony of a castle. The king, on the right, has a dark beard and wears a golden crown and a dark blue robe with a gold sash. The queen, on the left, wears a golden crown and a purple headscarf over a red dress. They are looking out over a landscape with a stone wall, a stone tower, and a forest. In the distance, a small boat with three figures is on a body of water. The scene is set during the day with a clear blue sky.

En efecto, aquello era demasiado penoso para los reyes:

«¡Nos quedaremos otra vez solos! ¡Es como si no tuviéramos hija!»  
«Así es, Majestad, pero la princesa vivirá y cuando, haya cumplido los dieciséis años, os la devolveremos» respondió Primavera.

Había que ceder ante la evidencia: las hadas tenían razón. Lo único que importaba era la vida de Aurora.

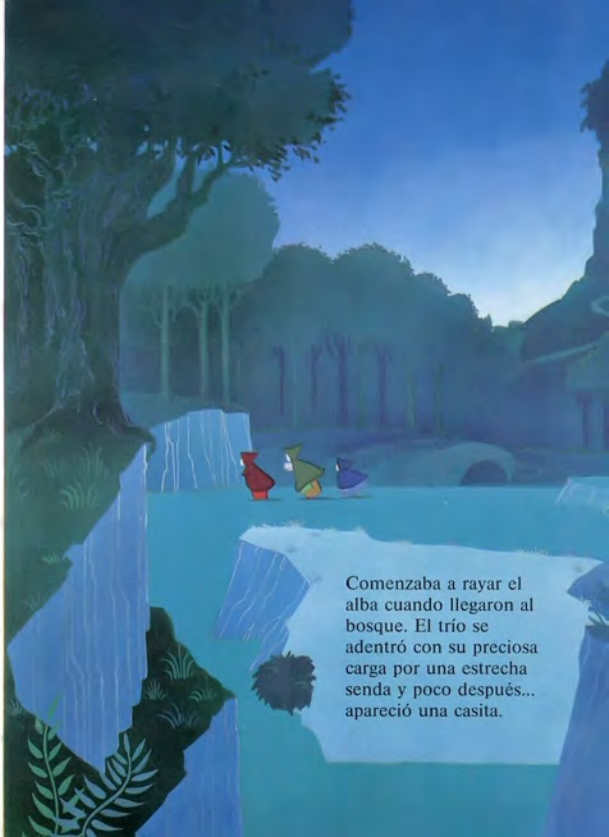
«¿Y adónde la llevaréis?» preguntó el rey.

«A la casita de un leñador, en el extremo del bosque. Allí nunca la encontrará Maléfica, y nosotras la cuidaremos como si fuera nuestra propia hija» aseguró Fauna.

Y así fue como, de noche y a hurtadillas, Aurora abandonó el palacio por dieciséis largos años.



Las tres hadas, disfrazadas y sin llamar la atención, atravesaron durante la noche, uno tras otro, los pueblecitos diseminados por aquellos parajes. Nadie las detuvo. Cada poco, se turnaban para llevar en sus brazos a la princesa bebé, que iba envuelta en una manta y dormía plácidamente.



Comenzaba a rayar el alba cuando llegaron al bosque. El trío se adentró con su preciosa carga por una estrecha senda y poco después... apareció una casita.



«¡Vaya un palacio para una princesa!» suspiró Primavera.  
«¡No se te vuelva a ocurrir pronunciar otra vez la palabra *princesa!* —le respondió severamente Flora—. No olvides jamás que, mientras estemos aquí, se trata de nuestra sobrina, huérfana de padre y madre. Nosotras ahora somos unas simples campesinas, y vivimos del trabajo de nuestras propias manos...»  
«¿Y cómo vamos a llamar a nuestra sobrina?» preguntó Primavera.  
Tras una breve discusión, las tres decidieron llamarle Rosita.

«¡Rosita! ¡Qué nombre tan bonito! ¡Mi sobrina es una flor, una verdadera rosa!» sonreía Flora mientras bañaban al bebé.

«Pero una rosa sin espinas —añadió Primavera—. No hace más que reírse. ¡Es un verdadero placer encargarse de su cuidado! Me gustaría que esto durase muchísimo tiempo. Pero no quiero ser egoísta; aún me acuerdo de las lágrimas de su madre...»



Ciertamente, tenían que actuar y hablar con muchas precauciones, aun estando en el rincón más apartado del bosque, pues la propia Rosita no debía conocer absolutamente nada de su verdadera identidad hasta que no tuviese dieciséis años. Por el momento, no había peligro: Rosita se contentaba con ser un bebé e ir creciendo poco a poco bajo la mirada siempre vigilante de sus tías. Aunque, la verdad sea dicha, a veces la mimaban demasiado. Tejían, cosían y bordaban para ella, le cantaban preciosas nanas y canciones de cuna, decoraban la casita... En aquella pobreza, las tres hadas eran más felices que nunca y tan sólo reñían a la hora de disputarse el placer de bañar a Rosita.



Así fueron pasando los meses y los años... Aquel bebé rubio se convirtió en una adorable muchacha, y luego en una jovencita encantadora, cada vez más parecida a su nombre: una verdadera rosa escondida en el extremo del bosque.



Pero cuanto más florecía la sonrisa en los labios de Rosita, tanto más se ahondaba la pena en los corazones de las buenas hadas. Ellas sabían contar: dentro de unos días, haría dieciséis años que habían llegado allí, a aquella casita perdida. ¡Dieciséis años! La fecha fijada por Maléfica. Para consolarse de alguna manera, se decían a sí mismas que, al menos, la princesa estaba viva, que gozaba de buena salud y... que a lo mejor Maléfica se había olvidado de su maldición. Había que conducirla a palacio, devolverla a sus verdaderos padres, separarse de ella. Flora no cesaba de repetir: «No seamos egoístas. ¡Se alegrarán tanto de recuperar a su hija! Y, además, no olvidéis que también la estará esperando el príncipe Felipe...»

Si las hadas en su cabaña, y también el rey Esteban en su palacio, contaban los años que iban transcurriendo, Maléfica había hecho otro tanto. Desde aquel famoso día del bautizo, había ordenado a sus ayudantes que buscasen a Aurora por todo el reino. Pero éstos siempre volvían con la misma respuesta: «¡Ni rastro de la princesa!» Maléfica se consumía de rabia.



Sus ojos lanzaban chispas, los cuernos de su gorro se agitaban de furor y sus dedos ganchudos parecían amenazar a la tierra entera:  
«¡Sois todos unos inútiles! ¡Tendré que encargarme yo personalmente de encontrar a esa princesita! ¡Y la encontraré!»



An illustration of a witch with pale skin, dark hair, and a blue and red robe, standing on stone steps and holding a golden staff. She is looking towards a crow flying in the sky. The background shows a stone wall and a doorway.

Maléfica tenía un aliado: su fiel cuervo. Cuando ya sólo quedaban unas semanas para cumplirse la horrible maldición, la bruja se dirigió a aquel pajarraco, tan negro como el alma de su dueña:

«Tu mirada es penetrante, y estoy segura de que me ayudarás a encontrarla...»

El cuervo graznó de placer: su único deseo era servir a Maléfica en cualquiera de sus malvadas empresas. El hada levantó el brazo hacia el cielo y el pájaro se echó a volar:

«¡Vuela, búscala y encuéntrala!» le gritó.

En el cielo, el cuervo apenas era una mancha minúscula, pero negra y sombría como una amenaza. Subía, planeaba y de pronto se lanzaba en picado sobre la menor silueta, sobre la más pequeña aldea:



Entre tanto, en la casita del bosque, comenzaban los preparativos del cumpleaños de Rosita. Las hadas aquel día querían darle una sorpresa y, para ello, trataron de alejarla de la cabaña: «¿Quieres hacerme un favor?» le preguntó Fauna. «Por supuesto, tía —respondió Rosita—. ¿Qué tengo que hacer?» «Ir a recoger unas moras para el postre. Las hay muy grandes y muy maduras en el calvero del bosque.»

A Rosita le encantaba ser útil y ayudar a sus tías. Se echó un mantón sobre la espalda, tomó la cesta de mimbre y se alejó cantando. «Tardará aproximadamente una hora —pensó Fauna—, así que manos a la obra». Abrió entonces un libro muy gordo sobre repostería y buscó la receta de la tarta más deliciosa. ¿Cuál elegir? ¿Ésta de crema de chocolate y almendras? ¿O ésta otra de fresas y nata? Fauna pesaba la harina, la mantequilla, contaba los huevos, buscaba la sal...»





Pero la pasta no acababa de quedarle como ella quería «¿Y por qué no haces, como otras veces, una tarta de albaricoque? A Rosita le chifla, y la receta es bien fácil».

«¡Jamás! —protestó la pastelera—. Hoy quiero darle una gran sorpresa y haré para ella una verdadera *tarta real*. Hay que tener un poco de paciencia. Este libro explica muy mal las cosas. Inventaré mi propia receta y... ¡veréis, qué tarta!»

Lo que Flora y Primavera estaban viendo por el momento era una montaña de huevos rotos, montones de harina echada a perder ...

¡No iban mejor las cosas en el asunto de la ropa! Flora había sacado del armario todo un surtido de telas y patrones para hacer el más bonito vestido. Media, cortaba, prendía con alfileres, cosía..., pero los resultados no eran los esperados, ni mucho menos.





Mientras esto ocurría en la cabaña, Rosita se paseaba por el bosque. En un momento había llenado la cesta de succulentas moras. Hacía un tiempo espléndido y, a su paso, conejos, pájaros, ardillas y otros animalitos del bosque saltaban, trinaban o se dejaban acariciar. Todos eran sus amigos: Rosita pasaba largas horas en su compañía y, tan pronto como oían su voz o la veían asomar por el camino, corrían alegres a recibirla.

Como de costumbre, Rosita se puso a cantar una bellísima canción que le había enseñado Flora. Su voz salía clara y fresca, y, sin embargo, sentía su corazón un poco triste. Últimamente, esto le sucedía con bastante frecuencia. Cerró los ojos y se puso a soñar. Quería muchísimo a sus tías, siempre tan buenas y generosas; amaba el bosque y los animales que en él vivían, pero ¿no llegaría el día en que encontrase un amigo, joven y guapo? ¿Y por qué no un príncipe que llegase al galope de su caballo, pusiese pie en tierra y que inclinándose ante ella, le dijese: «Yo también he soñado contigo»?





Rosita no podía imaginar que, apenas a unos pasos de distancia, un caballero se había detenido realmente para escuchar una canción tan hermosa, una voz tan pura. Y aquella persona que cantaba como un ruiseñor no podía estar muy lejos...



Había galopado desde el amanecer a través del bosque. La seguridad de sus manos al tirar de las riendas, la firmeza con que apoyaba los pies en los estribos impulsaban a su caballo a unas carreras tan veloces que hacían temblar a sus padres y amigos: «Eres un caballero muy valiente, hijo mío. Pero no seas temerario. ¡Con un caballo, nadie está a salvo de una coz o de una caída!» le advertía su padre. Pero Felipe se reía con cierta presunción e, incapaz de contener su fogosidad y su audacia, trataba de franquear con su caballo cuantos obstáculos encontraba. Era el príncipe Felipe, en efecto, el que por allí pasaba aquella soleada mañana. Vivía en el palacio real de su padre, y de vez en cuando iba a visitar a su vecino y amigo, el rey Esteban. Felipe siempre lo encontraba triste, y la reina nunca sonreía. Ignoraba la verdadera razón, pues nadie había querido ensombrecer su juvenil alegría con drama tan terrible...

¡Los padres a veces tienen razón! Felipe acababa justamente de incitar a su caballo a que saltara un espeso zarzal que les cortaba el paso, cuando, por primera vez en su vida de caballero, se sintió volar por los aires... Afortunadamente, pudo evitar las espinas y, tras una cabriola de verdadero acróbata, se encontró, sin salir aún de su asombro, sentado en medio de una charca. No podía menos que reírse de sí mismo. Por su parte, el caballo se le acercaba lentamente, con un aspecto desolado, como tratando de excusarse de aquella mala pasada...

«¡A cualquiera que se lo cuente, se monda de risa! —pensaba Felipe al levantarse y dirigirse hacia la orilla—. ¡Y ahora, encima, hay que poner a secar la ropa!»



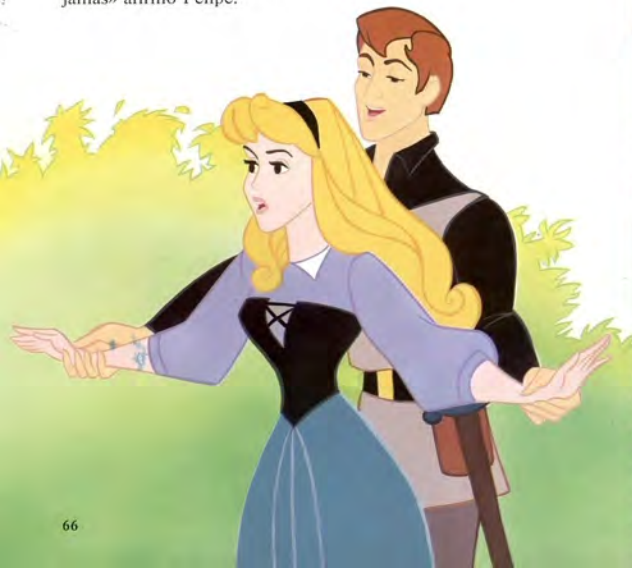


Colgó la capa y el sombrero de las ramas de un roble, vació sus botas llenas de agua y fue a tenderse, un poco más lejos, al sol. Volvió a oír entonces aquella dulce voz que entonaba una canción tan hermosa y escuchó maravillado... Entre tanto, la ardilla, que desde un árbol cercano había visto al príncipe caer a la charca, contemplaba ahora, extrañada, las botas y las prendas que había dejado abandonadas. Y corrió a avisar a sus amigos.

Todos se pusieron de acuerdo para practicar un divertido juego: los conejos se calzaron las botas, el búho se metió bajo la capa y la ardilla se cubrió con el sombrero... Y de esta guisa se presentaron ante Rosita, que se frotaba los ojos sin poder dar crédito a lo que veía: ¿era el príncipe de sus sueños? Tendió hacia él sus brazos, pero inmediatamente reconoció a sus amigos y sonrió, aunque en el fondo, se sentía decepcionada.



Y de repente, sus sueños se hicieron realidad: dos suaves manos acariciaban las de Rosita y una dulce voz susurró: «Eres maravillosa». Un joven tan bello como el que se había creado en su imaginación, apareció en medio del camino. «¿Y tú quién eres?» le preguntó sintiendo cada vez más fuerte los latidos de su corazón. «Soy tu amigo, si así lo deseas» respondió él. «Te estaba esperando» confesó Rosita. «Pues aquí me tienes, y ya no nos separaremos jamás» afirmó Felipe.



Y se pusieron a bailar bajo la atónita mirada de la ardilla, los pájaros y los conejos. «¿Eras tú la que cantaba hace unos instantes?» le preguntó. «Bueno... yo solamente tarareaba» respondió Rosita ruborizada. En aquel momento, vio la cesta con las moras y exclamó: «¡Perdoname! ¡He de volver cuanto antes a mi casa!»



Y salió disparada como una flecha.  
«¡Espera un momento!  
¡Ni siquiera me has dicho cómo te llamas!  
¿Dónde podré verte de nuevo?» gritaba el príncipe.  
Rosita no le respondió y seguía corriendo, feliz y preocupada a la vez: sus tías le habían recomendado que no dirigiera la palabra a ningún extraño. Por primera vez en su vida, había desobedecido, pero al menos les explicaría... ¡que acababa de encontrar al amigo de sus sueños! Era tan guapo y gentil, que parecía imposible que su compañía entrañara peligro alguno. Seguro que a sus tías también les gustaría y que algún día lo acogerían encantadas en su casa. Para verse de nuevo con él —pensaba— bastaría con volver al calvero del bosque y entonar la misma canción; él acudiría al instante.



Mientras Rosita regresaba a la cabaña con el corazón lleno de sueños, los de sus tias se desvanecían una vez más. El genio y la invención no habían resultado... Flora contemplaba desolada su última obra:

«¡Este vestido es horroroso!» sollozaba.

«¡Mi tarta se derrumba! ¡No está bien hecha! ¡Y además no hay quien se la coma!» gemía Fauna desesperada.





Primavera sonreía:  
«Habéis olvidado la mejor de todas las recetas:  
inuestras variedades mágicas! ¡Hace tiempo que  
no las utilizamos!»  
Mejor idea imposible. Tres simples círculos  
alrededor de la tela y... ¡Qué vestido tan  
precioso!

Fauna también tendió su varita y... vio aparecer  
una magnífica tarta, de varios pisos y servida  
sobre una bandeja de plata.  
«¡Ésta no se derrumba!» exclamó entusiasmada.  
«Nada más verla, se me hace la boca agua»  
añadió Flora.



Sólo se cuestionaba el color del vestido. Flora había elegido una seda de color rosa, muy romántico.

«A las rubias les favorece mucho más el azul» opinaba en cambio Fauna.

La varita de Fauna también destellaba: malva, verde, naranja... ¡Aquello parecía un arcoiris mágico...



«¡Eso lo dirás tú!»

La varita de la costurera hizo un nuevo ensayo: azul, rosa, amarillo, violeta... ¡Qué elección más difícil!



... atravesando la sala de lado a lado e iluminándola con lentejuelas multicolores! ¿Cómo ponerse de acuerdo?



Era la primera vez que las hadas no se ponían de acuerdo. Y la primera vez también que cometían una grave imprudencia, pues cuantos más colores desprendían sus varitas, más aumentaba el resplandor, y menos se apercebían de que los destellos encontraban una puerta de salida: la chimenea en la que, lógicamente, ningún fuego podía estar ardiendo en pleno verano...

Justamente en ese instante, un cuervo sobrevolaba la cabaña. Veía, asombrado, surgir de la chimenea verdaderos fuegos de artificio: «¡Magia! ¡Magia!» graznaba. Seguro de su hallazgo, voló hacia el castillo de Maléfica.



Rosita abrió la puerta y se quedó boquiabierta. «¡Feliz cumpleaños, querida sobrina!» exclamó Flora. «Bueno... éstos tan sólo son los preparativos» corrigió Primavera.

«Mañana cumplirás dieciséis años ¡Será un gran día! Te hemos preparado una tarta y un precioso vestido para la fiesta». Rosita sonrió emocionada. «Una fiesta en pleno bosque ¡Qué divertido!»



Se probó el vestido y le quedaba a la medida, perfecto. La magia de las varitas, a pesar de tantas disputas, le había dado un color prodigioso, suave como la luz del alba al ocultarse la noche.

También la tarta causó admiración: «¡Nunca he visto una tarta igual!». Fauna no cabía en sí de gozo: «Bueno... digamos que es una tarta muy simple» aseguró con falsa modestia.



Emocionada, abrazó a sus tías y les dio las gracias. Pero Rosita también quería revelarles una gran noticia: «Tías, ante todo, perdonadme por haberos desobedecido. Hoy me he encontrado en el bosque con un joven guapísimo que dice que somos amigos.»



¡Vaya sorpresa! Después de dieciséis años, tan cerca ya del final de su misión, ¿habían fracasado las tres hadas? ¿Había sido descubierta Aurora?

Todas le preguntaban a la vez:

«¿Y de dónde es? ¿Cómo se llama? ¿Sabe que vivimos aquí?» Extrañada de tanta inquietud, Rosita les respondió:

«Sé que me ama; él mismo me lo ha dicho. Yo también le amo, y ya nunca amaré a nadie más que a él» confesó, bajando los ojos. No se podía esperar más. Una tras otra, cortándose continuamente la palabra, las hadas revelaron a Rosita su bella y trágica historia: «¡Tú eres una princesa real. Tus padres están vivos y mañana tenemos que llevarte a palacio. Éste será, sin duda, el mejor regalo de cumpleaños...»



Al día siguiente, cuando en el cielo comenzaban a apuntar las primeras luces, Aurora se cubrió con un largo manto. Las tres hadas, después de tantos años, volvieron a ponerse sus capas y sus gorros puntiagudos, cerraron la puerta con doble llave y emprendieron el camino. Nadie hablaba. Aurora soñaba con aquellos padres a los que pronto iba a conocer y a los que tanto querría, pero también con aquel joven al que ya nunca más encontraría en el calvero del bosque: ilo llevaba tan dentro de su corazón, que era imposible olvidarse de él! Las hadas, por su parte, iban recordando el camino que habían recorrido en sentido inverso, dieciséis años antes, con un bebé entre sus brazos.

«Ya estamos cerca del palacio —indicó Primavera—. Nos estarán esperando con impaciencia».

Así era. El rey Esteban había invitado al rey Hugo y ambos levantaban sus copas por la felicidad de sus hijos.



Aún no habían acabado de brindar, cuando el príncipe Felipe entró en la sala muy excitado: «Padre, escuchadme. ¡Ayer me encontré con una chica maravillosa! Es una humilde campesina, pero la amo con todo mi corazón. Es bella, dulce y buena. Os suplico que aceptéis nuestro matrimonio, y así ella será una princesa como se merece...»



No era el mejor momento para decir aquello. «Hijo, has de saber que hoy mismo llegará a este palacio la mujer con la que te casarás, la hija de nuestro amigo, el rey Esteban». «¿Su hija? ¡Nunca la he visto!» gimió el príncipe. «Se llama Aurora, tiene dieciséis años y es, sin duda, más bella y distinguida que tu desconocida campesina. Los dos reinos se unirán. Seréis muy felices y muy ricos. Vamos, hijo mío, olvida lo que no fue más que un sueño...» «¡Jamás!» gritó Felipe. Y, tan impetuoso como siempre, saltó sobre su caballo y se alejó.





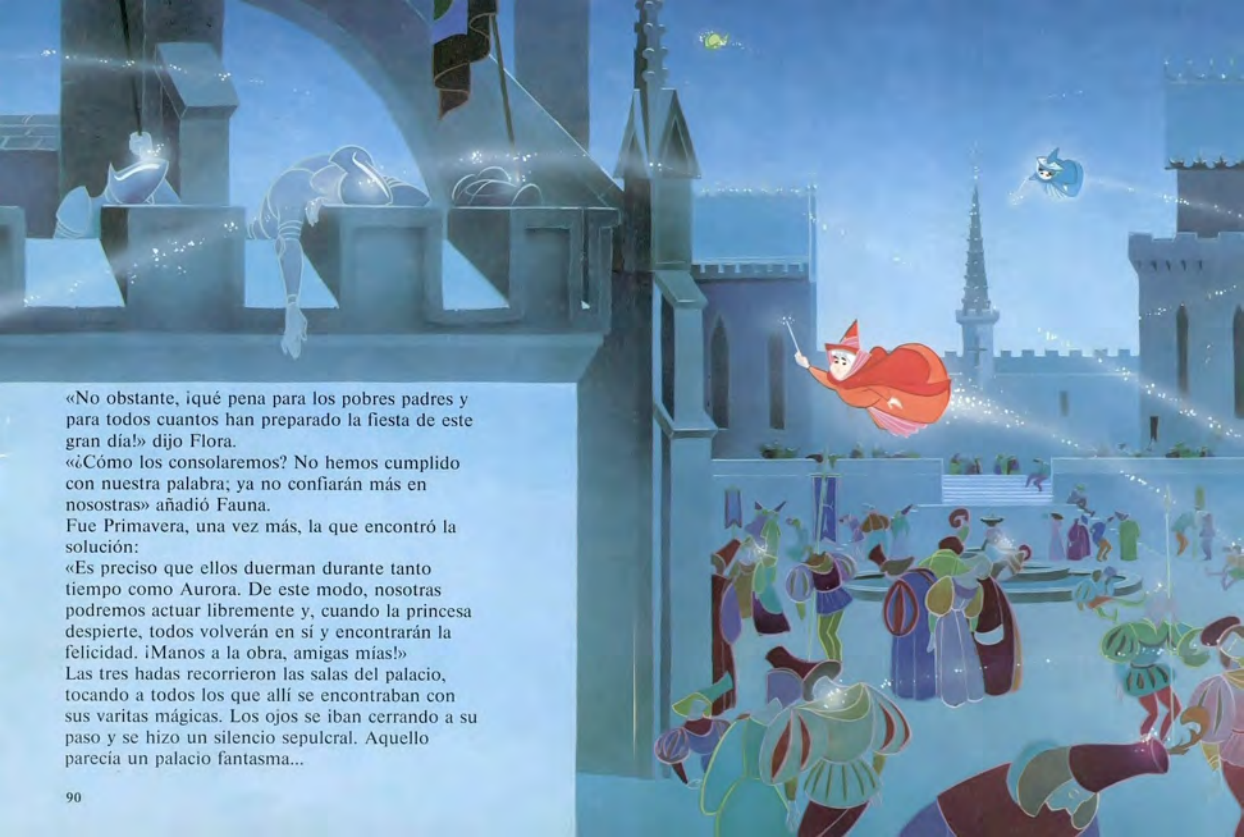
Aurora regresó a palacio tan discretamente como había salido dieciséis años antes. Las hadas la condujeron directamente a su habitación para que se aseara. Querían que el rey Esteban y la reina Flor encontrasen a su hija en plenitud de su belleza. Por la tarde, los soberanos darían un gran baile y anunciarían el compromiso matrimonial de sus hijos. Aurora tenía que estar más guapa que nunca. La joven contempló detalladamente su habitación y le pareció de ensueño. De repente, la portilla que daba a la gran chimenea se abrió y Aurora se acercó con curiosidad. Allí descubrió una pequeña salita en la que una desconocida parecía estar esperándola.



«Entrad, encantadora princesa —decía aquella mujer— y aceptad este regalo. ¡Fijaos qué bonito!» Estaba mostrando un objeto muy raro, de madera brillante. Parecía un juguete para una persona mayor, pero, en realidad... ¡se trataba de una ruca! Aurora tendió su mano. Uno de sus dedos se pincho con el huso y cayó inmóvil sobre el suelo. Se diría que estaba muerta. Maléfica contempló a su víctima y exclamó satisfecha: «¡He ganado! ¡La maldición se ha cumplido! Pero aún queda algo más por hacer...» Y es que no se había olvidado del beso del príncipe que podría despertar a Aurora de aquel profundo sueño. Tenía que salir inmediatamente en su busca y hacerlo prisionero. Maléfica lanzó una burlona carcajada, su cuerpo se sacudió violentamente y... desapareció en medio de un estruendo infernal.

Las primeras en acudir fueron las hadas, y descubrieron la tragedia. Su pena era inmensa. ¡El esfuerzo de tantos años destruido por Maléfica en unos instantes!  
«¡No teníamos que haberla dejado sola!»  
«¡Ahora no es el momento de llorar, sino de actuar! — replicó Primavera —. Recordad que la maldición aún no es definitiva. Nos bastaría con encontrar al príncipe Felipe.»  
«¡Pero ella ama a un desconocido!» gritó Flora.  
«Que venga Felipe y ya veréis cómo todo se arregla» afirmó confiada Primavera.





«No obstante, ¡qué pena para los pobres padres y para todos cuantos han preparado la fiesta de este gran día!» dijo Flora.

«¿Cómo los consolaremos? No hemos cumplido con nuestra palabra; ya no confiarán más en nosotras» añadió Fauna.

Fue Primavera, una vez más, la que encontró la solución:

«Es preciso que ellos duerman durante tanto tiempo como Aurora. De este modo, nosotras podremos actuar libremente y, cuando la princesa despierte, todos volverán en sí y encontrarán la felicidad. ¡Manos a la obra, amigas mías!»

Las tres hadas recorrieron las salas del palacio, tocando a todos los que allí se encontraban con sus varitas mágicas. Los ojos se iban cerrando a su paso y se hizo un silencio sepulcral. Aquello parecía un palacio fantasma...



En la sala del trono, el rey Esteban acababa de dormirse. En el momento en el que la varita de Primavera iba a tocar a su amigo Hugo, éste le susurró al oído:

«Señora, no sé lo que está ocurriendo, pero tengo un secreto que confiaros».

«¿Un secreto? —se extrañó el hada—. Hablad, señor, antes de que sea demasiado tarde».

Y el rey le explicó:

«Felipe no se casará jamás con la princesa».

«¿Y por qué? —se indignó Primavera—. ¿No es suficientemente guapa?»

«¡Mi hijo es un cabezota! Ha encontrado en un bosque lejano a una joven campesina de la que ni siquiera sabe cómo se llama. Solamente sabe que es rubia, buena y dulce, que canta como un ruiseñor y que vive en una humilde cabaña con sus tías... ¡Jura y perjura que no amará a ninguna otra!»

«¡Pero si ésa es Aurora!» gritó Flora.

Y sin dudarlo un momento, levantó su varita. Una lluvia de estrellas envolvió al rey Hugo, que se quedó plácidamente dormido.

«¡Ya os decía yo que acabaríamos arreglando la situación! —sentenció muy ufana Primavera— nuestra Aurora ama al príncipe; el príncipe no quiere casarse con otra más que con ella. Basta con reunirlos...»

«No hay duda —apuntó Fauna— de que el príncipe habrá vuelto al bosque, merodeará por el calvero y se dirigirá hasta la cabaña, tratando de encontrar allí a su bella desconocida. Así pues, ¡en marcha, amigos!».

Era un razonamiento muy certero. Abandonando aquel palacio encantado, sumido en el más profundo de los silencios, las tres infatigables hadas, con sus gorros puntiagudos y sus capas al viento, emprendieron la marcha a través de campos y pueblos. No corrían, volaban...



Fauna no se había equivocado. Mientras las hadas recorrían tan largo trayecto, Felipe, habiendo buscado en vano por el calvero y sus alrededores, se dirigió hacia la casita de su amada.

«Aquí es. Me estará esperando» pensaba.

Ató su caballo a un árbol y examinó la humilde cabaña. Incluso le pareció ver una silueta detrás de las cortinas. Sin poder contener su emoción, llamó a la puerta.

Ésta se abrió y... unas informes criaturas se lanzaron contra él, lo maniataron fuertemente y lo condujeron hasta la mujer de la capa negra que aguardaba al fondo de la habitación con una mirada llena de odio:

«La joven que buscáis no está aquí —le dijo con voz tajante—. Jamás la encontraréis, desde este momento sois mi prisionero, y nadie puede escapar del lugar al que yo os conduciré».





Felipe era muy valiente. Por defender su amor, sería capaz de batirse incluso con el mismísimo diablo. Pero Maléfica lo había vencido valiéndose de su gran astucia. No podía deshacerse de las ataduras que lo inmovilizaban.

«¡No os preocupéis! ¡En el Castillo de las Tinieblas estaréis estupendamente!» se mofaba Maléfica al ver cómo lo arrastraban.

Cuando las tres hadas buenas llegaron a la cabaña del bosque, la puerta cujía batida por el viento.

«¡Ha sucedido una desgracia! —gritó Flora—. ¡Alguien ha entrado aquí!»

Penetraron en su antigua casa y... ¡qué espectáculo! Ya en la cocina, la mesa patas arriba y las sillas rotas eran la muestra más evidente de que allí se había librado un combate. Alguien se había defendido valientemente: ése no podía ser otro más que Felipe, y sus agresores, seguro, la infame Maléfica y sus monstruosos esbirros. El príncipe había caído en la trampa. ¿Dónde encontrarlo ahora?

Una vez más, fue Primavera la que trazó el plan a seguir: «Esa bruja, sin duda, ha llevado al prisionero al Castillo de las Tinieblas. Estoy absolutamente segura. Pero sus altas torres y sus anchos muros no deben ser obstáculo para nosotros. ¡Lo liberaremos! ¡Vamos allá!»



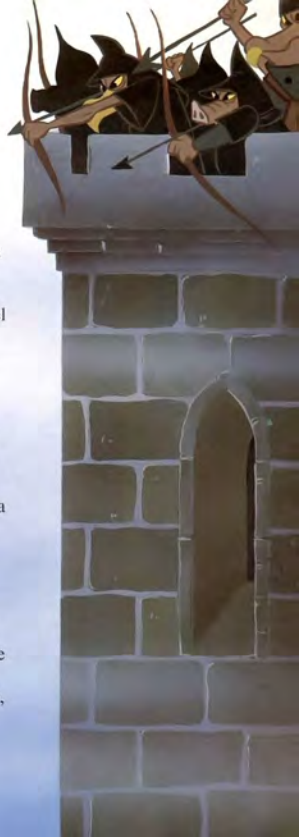
Primavera había dado en el clavo. Lleno de rabia e impotencia, el príncipe Felipe se encontraba encadenado en un lóbrego calabozo del castillo de Maléfica. «¿Se puede saber por qué me habéis encarcelado, señora? —preguntó Felipe indignado—. No os conozco de nada. Yo había ido a la casita del bosque simplemente a buscar a mi novia...» La sonrisa de aquella bruja era tan malvada como su nombre: «Pues yo a ti te conozco desde hace mucho tiempo, príncipe Felipe. Te diré la verdad». Y le contó la horrible historia de su maldición sobre Aurora y cómo había cumplido su venganza. «¡Una tal Aurora, por cierto, que no es otra que tu adorable campesina, pero descuida, nunca podrá ser tu esposa!»



Tras estas crueles palabras, Maléfica se retiró dejando al príncipe absolutamente desolado. En aquel instante, una brisa atravesó el calabozo y, vio cómo tres buenas mujeres lo rodeaban sonriendo:

«Somos las tías de Rosita» dijo la primera.  
«Es decir, de Aurora» corrigió la segunda.  
«Y venimos a sacaros de aquí» concluyó la tercera, mientras rompía con el simple roce de su varita las cadenas del prisionero y le armaba con el escudo de la Verdad y la espada del Valor.  
«Aurora está esperando vuestro beso. ¡Llevadsélo cuanto antes y será salvada!»





Desde su torre, Maléfica oyó el galope de un caballo. Veloz como el rayo, Felipe atravesaba el patio del castillo.

«¡Guardias, a vuestras armas!» gritó loca de furor.

Las flechas surgían por todos los lados. Pero el escudo de la Verdad cumplía perfectamente su misión: ninguna podía alcanzar al príncipe.

«¡Alzad el puente levadizo!» ordenó.

Pero era demasiado tarde. Franqueando tan vertiginoso abismo con salto fantástico, el príncipe acababa de recuperar la libertad. Crines al viento, su caballo parecía volar lejos de aquel castillo maldito.



Cuando ya se encontraba a una prudencial distancia del Castillo de las Tinieblas, Felipe aminoró el paso de su caballo. Oyó entonces la voz de sus hadas protectoras. Fauna aplaudía:

«¡Bravo, gentil príncipe!  
¡Sois un experto jinete!  
¡Si hubierais visto la cara de Maléfica cuando huíais galopando ante sus propias narices!»  
Con una risa maliciosa, Flora añadió:

«¡Habéis conseguido que parezca más fea todavía!  
¡Que ya es decir!»

«Vuestro caballo también ha estado magnífico. ¡Bien se ha ganado la avena que le daréis al llegar a palacio!» añadió Primavera, siempre tan práctica.

«Sin vosotros, no hubiera salido nunca de aquella mazmorra. ¿Cómo podré agradeceros vuestra ayuda?» les preguntó el príncipe, emocionado.



«Simplemente finalizando vuestra misión: despertad a la princesa y dadle todo el amor, toda la felicidad que se merece» le respondieron las tras hadas a coro.

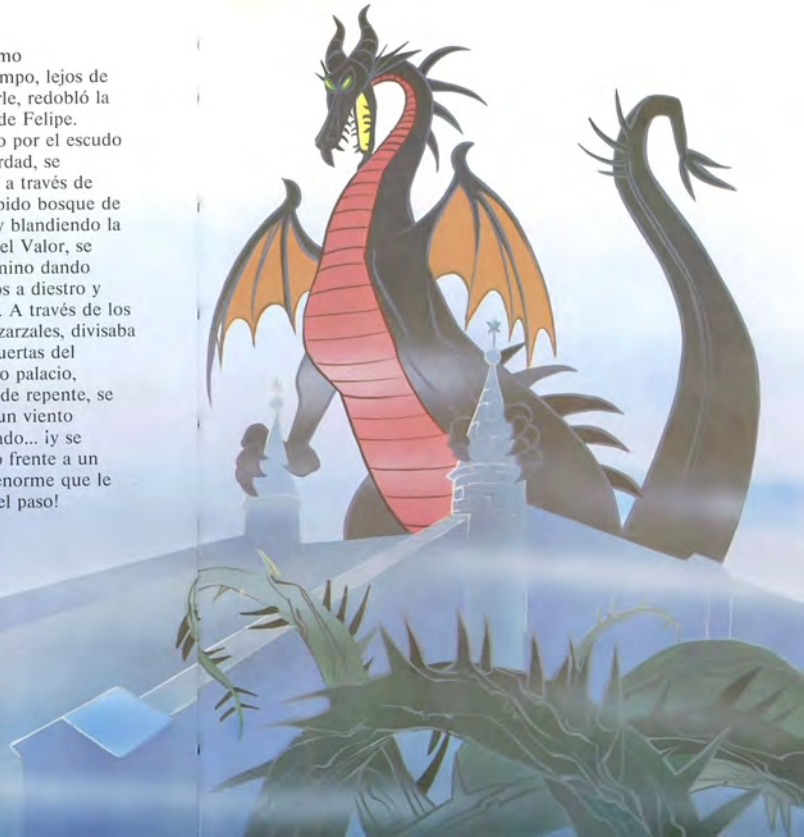
Habían caminado durante varias horas y salido ya del reino de las Tinieblas. Felipe parecía más sosegado y no cesaba de hacer preguntas. Las buenas hadas, una tras otra y de manera infatigable, le contaban mil detalles de Rosita-Aurora: su bautizo, su infancia, su regreso al palacio, la venganza tramada por Maléfica... El príncipe espolé de nuevo su caballo, deseoso de llegar cuanto antes ante el rey Esteban y preocupado por lo que pudiera ocurrir a todos aquellos a los que amaba.

«¡Tranquilo! ¡Tranquilo! ¡No les pasará nada, os lo aseguro! —lo calmaba Primavera—. En el palacio ahora están todos durmiendo...»



«¡Pero Maléfica no duerme!» advirtió el príncipe. ¡Y qué razón tenía! El hada del Mal nada podía hacer contra el don concedido por Primavera el día de su bautizo: ¡aún pinchándose con el huso, la princesa no estaba muerta! Pero su odio era tan profundo que no tenía límites. Y así, cuando ya se divisaban las torres del palacio, aquel risueño paraje, con sus campos dorados y sus árboles llenos de pájaros, quedó bruscamente sumido en una absoluta tristeza: una masa sombría cercaba la estancia real. No se trataba de un milagro; era la varita de Malefica que había rodeado el palacio con un espeso bosque de zarzas y espinos.

Este último contratiempo, lejos de intimidarle, redobló la valentía de Felipe. Protegido por el escudo de la Verdad, se precipitó a través de aquel tupido bosque de espinos y blandiendo la espada del Valor, se abría camino dando espadazos a diestro y siniestro. A través de los últimos zarzales, divisaba ya, las puertas del silencioso palacio, cuando, de repente, se levantó un viento huracanado... ¡y se encontró frente a un dragón enorme que le cortaba el paso!




Aquel horroroso monstruo lanzaba rayos por los ojos.

«¡Maléfica!» gritó Felipe.

Una risa bulona le respondió. El dragón abrió entonces su inmensa boca despidiendo un aliento emponzoñado y vomitando llamaradas. El príncipe, por su parte, blandía el escudo de la Verdad. Mientras los zarzales ardían a su alrededor, él se sentía perfectamente protegido por el regalo de las buenas hadas. Aunque invisibles, éstas asistían a tan desigual combate y trataban de orientar al príncipe:

«¡Atravesadle el corazón y venceréis!»



A knight in a red cape and grey tunic is running on a dark, jagged rock ledge. He is holding a sword and has just thrown it, as a bright white beam of light extends from the sword towards the dragon's chest. The dragon is large, black with a red underbelly, and has orange wings. It is roaring with its mouth open, showing sharp teeth. The dragon's body is covered in flames, and its wings are spread wide. The background is a bright, hazy sky.

Alentado por las hadas y en un gesto de extrema valentía, Felipe lanzó su espada contra el corazón del monstruo...

Un estremecedor rugido le heló los huesos. El dragón, herido de muerte, se desplomó pesadamente sobre el suelo. Tras dar sus últimos estertores, cerró sus ojos y su bocaza para siempre.



El príncipe corrió hacia el castillo y se detuvo bajo las altas columnas de la entrada: el héroe, de pronto, se sentía tan tímido como un niño en el umbral de aquel palacio en el que le esperaba su amada. Buscó con la mirada a las hadas. Una vez más, necesitaba su ayuda; ahora para que lo guiaran a través de pasillos, escaleras y salas majestuosas hasta la habitación de Aurora. La princesa yacía sobre un precioso lecho, con sus rubios y sedosos cabellos esparcidos sobre la almohada. Por fin, Felipe se atrevió a acercarse y se inclinó sobre su dulce rostro.

Con infinita ternura, besó dulcemente sus labios, y entonces, ante sus ojos absortos, se abrieron los de la princesa. Tenían el color azul de cielo y la dulzura del amor. Aurora verdaderamente no parecía extrañada de volver a encontrar, al pie de su cama, al amigo desconocido:

«¡Estaba segura de que vendrías! —le dijo tendiéndole la mano—. ¡He soñado tantas veces contigo!»

«¡Te he buscado por todas partes, mi querida princesa, mi Rosita silvestre...!»

«¿Sabes, pues, la verdad?» le preguntó ella.

«Sí. Tus tías me lo han contado todo. Gracias a ellas, nuestro sueño se ha hecho realidad».



Entre tanto, las infatigables Flora, Fauna y Primavera recorrían el palacio de arriba abajo tocando con sus varitas mágicas a todos cuantos dormían... Por arte de magia, cada cual despertaba y reemprendía el trabajo o la conversación que había dejado en el momento de su encantamiento. Los dos reyes, por ejemplo, continuaban su charla acerca del que parecía imposible matrimonio de sus hijos.

«Yo estoy segura de que esto se va arreglar —terció la reina—, porque...»



No tuvo tiempo de continuar. ¡SU HIJA ESTABA ALLÍ!, ante sus propios ojos, bella y radiante como la luz del día. Avanzaba hacia ella con los brazos abiertos, y aquel gesto borraba por fin dieciséis años de pena y preocupación... «¡Aurora, mi pequeña Aurora!» repetía con lágrimas en los ojos. La emoción embargaba igualmente al rey Esteban: habían visto marchar, en brazos de tres serviciales y bondadosas mujeres, a un bebé frágil y amenazado por una maldición. Y he aquí que la promesa de las hadas se había cumplido: recuperaban a su hija radiante de juventud y de belleza. La horrible pesadilla había acabado. «Queridos padres —decía Aurora—, os amo infinitamente. Pero también amo a otro que, con vuestro permiso, será mi esposo».



Felipe se acercó y, a medida que iba hablando, más se embrollaban las palabras en la cabeza del rey Hugo. ¡Aquello era increíble! A pesar de las reiteradas explicaciones de su hijo no lograba entender nada de nada. «¡No comprendo ni jota! —confesaba al rey Esteban—, pero soy muy feliz...»





La boda no tardó en celebrarse. Aquel día, el palacio resplandecía más que nunca de luz y de música. Honorables señores y grandes damas se agolpaban en los salones, vestidos con sus trajes de gala. También habían sido invitados numerosos aldeanos a los festejos.

Cuando comenzaron a sonar las trompetas de plata, Aurora descendió por la gran escalera de mármol, al pie de la cual le esperaba el príncipe Felipe. Cogidos de la mano, avanzaron hasta el centro de la sala y abrieron el baile con un vals. Era el único centro de atención de todos los presentes... y por eso nadie advertía la presencia de tres pequeñas siluetas encaramadas allá arriba, sobre la balaustrada, atentas a todo lo que ocurría.





# Obras clásicas Disney



- Merlin el Encantador
- Pinocho
- Peter Pan
- Alicia en el País de las Maravillas
- El Libro de la Selva
- Donald y sus amigos
- Basil, el ratón superdetective
- Tarón y el caldero mágico
- La Cenicienta
- Dumbo
- La Bella durmiente del bosque
- Bambi
- Blancanieves y los siete enanitos
- Los Aristogatos
- 101 Dálmatas
- La Dama y el Vagabundo
- La Navidad de Mickey
- Robin Hood
- El osito Winnie
- Tod y Toby
- Los Rescatadores

Ediciones Gaviota, s.a.

ISBN 84-392-8431-4